



EL FANTASMA DEL CONSEJERO

(Fenómeno parapsicológico)

El hecho está científicamente comprobado: todos los días, a las doce en punto de la mañana, se aparece en la Banca Castillo el fantasma del consejero delegado que vuelve, como alma en pena, a firmar los documentos del día anterior. Hay quien asegura que se ha cruzado con él por los pasillos, con su andar ingravido y majestuoso y su carterín negro, que es como un pequeño ataúd de la riqueza ajena. Muchos empleados del Banco, sin embargo, no creen en su existencia, porque nunca le han visto; ellos querían meter sus dedos en su úlcera de duodeno y estrechar sus manos ahudadas de tanto firmar, para darse por satisfechos. Pero ahí está el testimonio del ordenanza Ramírez, ese hombre frío, un tanto escéptico y poco susceptible de alucinaciones: «Era una mañana fría de invierno, y por las galerías del Banco corría un soplo glacial, porque se había estropeado la calefacción; yo entré en el despacho del consejero a las doce menos cinco, a purgar los radiadores, y vi sobre su mesa varios papeles pendientes de firma. Volví allí a las doce y cinco, a dejar el correo, y vi que los papeles ya estaban firmados; no sé por dónde pudo pasar, porque yo estuve toda la mañana en el vestíbulo que hay enfrente de su despacho. El caso es que el consejero había estado allí; aún flotaba en el aire ese aroma a tomillo y a sacristía propio de los financieros en olor de ministrable». Al oír este relato, a muchos de los empleados del Banco les corre un escalofrío por la espalda, y se apresuran a santiguarse, temiendo que un día se les pueda aparecer el delegado. Aun así habrá quien diga que se trata de un truco publicitario de ese Banco, que se precia de ser de los más antiguos del país. Pero el hecho está científicamente comprobado: todos los días, a las doce en punto de la mañana, se aparece en la Banca Castillo el fantasma del consejero delegado que vuelve, como alma en pena, a firmar los documentos del día anterior.

EL HIJO DE GUZMAN
EL BUENO



Solemne colocación de la primera y única piedra en la inauguración de un menhir en la Edad Prehistórica.

EL DIA QUE COLOQUE UNA BANDERA ROJA



El día que coloqué una bandera roja por vez primera en mi vida —ahora que lo recuerdo— sentí miedo en cantidad. Todos mis amigos estaban pendientes de mí. A mí, en el fondo, la bandera roja me traía sin cuidado; pero ya que me había comprometido a colocarla, no podía echarme atrás.

El día que coloqué una bandera roja me temblaba todo el cuerpo. Escuchaba el viento, trataba de apresarla cogiendo

aquel lienzo para que no se me fuera de las manos.

El día que coloqué una bandera roja tuve que trepar por un alto poste, para después verla ondear allí, y quitarme rápidamente de en medio.

El día que coloqué una bandera roja estaba el mar de lo más revuelto de toda la temporada. El viento se había llevado las cuerdas del mástil de señales, y no había más remedio que trepar para ponerla. Si no la veían los padres de familia, peligraba la vida de muchos niños, que serían chupados por el tío sacamantecas de las olas.

El día que coloqué una bandera roja en la caseta de salvamento de la playa fui felicitado por el ayudante de Marina.

Puede decirse que el día que coloqué una bandera roja me aseguré el futuro. Desde entonces, aquí me tienen, sin dar golpe, sólo con mi camiseta blanca y las letras escritas en la pechera: «Salvamento y socorrismo».

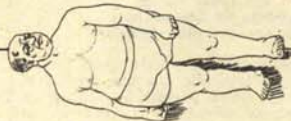
COCO



Se sabe que ciertos laicos están haciendo lo posible y lo imposible por sustituir el tradicional Angel de la Guarda por un águila de la guarda. El sentir general es de desaprobación a esta insidiosa campaña que no tiene ninguna razón razonable de ser, según nos han mostrado los cientos de cartas recibidas en nuestra Redacción significándose en este sentido.



CONSEJO



Su consejo fue como una maldición que he llevado sobre las espaldas durante toda mi vida. Lo recuerdo como si hubiera ocurrido hace veinte años, que es precisamente cuando ocurrió. Me hizo una seña para que me acercara y me dijo, atufándome con su aliento de premuerto: «No seas sólo bueno, como yo lo he sido durante toda mi vida. Odia. Sé odiado, si es preciso, y no temas tener enemigos. Es más sano». Luego expiró entre estertores de lavado.

He pasado toda mi vida intentando seguir ese consejo —quizá el único— que me dio mi padre. Pero sin éxito. Nunca he podido odiar a nadie ni he sido capaz de provocar odio en los demás hacia mí.

Al menos, eso creía. Sólo ahora, también yo a las puertas de la muerte, me doy cuenta de mi error; de que es mentira que yo no haya odjado a nadie ni que mi padre no fuese odiado mientras vivía. Los dos estábamos equivo-

cados: el constante, infinito, inextinguible odio que he sentido hacia él toda mi vida lo demuestra.

Por eso he hecho un gesto a mi hijo, que se ha acercado a mi lecho sin poder disimular su asco y su miedo ante mi próxima muerte. También yo seguramente le estaba atufando con mi aliento de premuerto cuando le he dado mi último —y quizá único— consejo, que no ha podido oír porque he expirado confundiendo mis palabras con mis estertores de lavado.

Entre nubes he visto su mirada de odio. No sé si ha podido leer en mis ojos la gratitud que sentía hacia él por haber sido sincero conmigo en los últimos momentos de mi vida.

GENOVEVO DE LA O

